

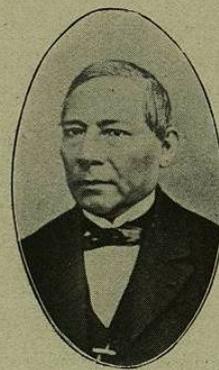


A ERNESTO ELORDUY

Entre el placer y el arte dividiste
las horas de tu vida caprichosa,
y eres en la música una cosa
profunda y alta y jovial y triste.

Las desdichas humanas siempre viste
al través de una lente luminosa.
Amaste la mujer porque era hermosa,
y el arte amaste porque era triste.

Un ramillete con amor hiciste
de las notas ocultas, fácil dueño,
con empeñoso afán, jovial y triste;
y aspirando su olor, feliz viviste,
bajo la vid frondosa del ensueño.



JUAREZ.

No era un acto patriótico, era humano;
la civilización es infinita;
y Juárez señalaba con la mano
la tumba que devora y resucita.
La humanidad, por la difícil senda
del Bien y del Amor, tuvo en el alma
aliento al fin para arrancar la venda
y abrir los ojos y ceñir la palma.
La palma del martirio que transforma
en triunfador al siervo que se agita
cual germen en el Cosmos. . . ¡La Reforma!
La civilización es infinita.

¿Dónde estaba Jesús? No era en el templo.
Surcaba sin rumor el Tiberiades,
y en onda inmóvil su divino ejemplo
era sombra á través de las Edades.
¿Era fe la mentira? ¿Luz la sombra?
¿Un dolor el placer? ¿Virtud el vicio?
Oh! Dios! quien te conoce no te nombra
si á ti no se alza en duro sacrificio.
Y surgió el Bien con el amor eterno
de un estancado mar de odio y maldades;
y se vió que Jesús, sobre el Infierno,
surcaba sin rumor el Tiberiades.

Y vino la traición, ¡con qué perfidia!
y alzóse la República, ¡qué gloria!
y fué la roja sangre de esa lidia
la tinta de las hojas de esa historia.
El dolor nunca vence ni quebranta
si sopla el Ideal sobre la frente;
la libertad! la libertad . . . es santa!
si pasa como Dios de gente en gente.
Remembranzas de mártires soldados
que ilumináis así nuestra memoria,
triunfásteis al morir, inmaculados,
y alzóse la República, ¡qué gloria!

¡Citar un episodio, diez ó ciento!
Que pulse aquí su lira el infinito
Hay un orgullo enorme, el pensamiento,

y no alcanza á pensar lo que está escrito.
¡Vencer á vencedores de Magenta!
¡Cruzar las bayonetas con los Zuavos!
Dió Zaragoza afrenta por afrenta
y vió el mundo luchar bravos con bravos.
¡Oh madre intelectual, excelsa Francia!
Era de nuestras águilas el grito
voz de justicia, nunca de arrogancia;
que pulse aquí su lira el infinito.

El suelo se agrietaba, eran hostiles
hasta las piedras mismas del camino;
se doblaban las testas más viriles
bajo el adusto ceño del destino.
Mas cuando agujereada por las balas
flotó en Chihuahua, rota, la bandera
en manos del indígena, las alas
tendió de nuevo el águila altanera;
de la tierra los púgiles brotaron,
llegó hasta el corazón soplo divino;
y á la voz de ¡República! se alzaron
hasta las piedras mismas del camino.

Bajo el cielo del Norte, sin reposo,
sobre este suelo á la esperanza abierto,
¡qué uniforme en la historia más glorioso
que el frac de don Benito en el desierto.

¿Oís? No es el cañón el que resuena,
es la férrea y veloz locomotora
que los mercados con su voz atruena
y su penacho tiñe con la aurora.
Oh! ¡Juventud! El sol surge radiante;
empavesa la nave, llega al puerto.
Juárez no muere! ¡Juárez! y adelante
sobre este suelo á la esperanza abierto.



IN MEMORIAM

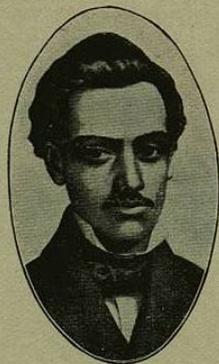
A D. Joaquín Redo.

Apuraste la dicha, poco á poco,
en artística copa cincelada
por el trabajo y el amor. En nada
perturbó tu conciencia turbión loco

de pasión, encontrándote en el foco
de la nueva existencia disipada;
y no te vió la turba empecatada
ni delinquir, ni vacilar tampoco.

En el regazo vil de la miseria
fué manantial de caridad tu mano;
y de este mundo por la vana feria,

pasó tu sombra así, riente ó seria,
como por Israel pasó el cristiano:
espiritualizando la materia.



HEROICA.

A Juan Díaz Covarrubias.

En el retiro de San Pedro
(adonde sueña el alto cedro
sobre las ramas del saúz,
desmadejadas por la inquieta,
doliente musa de un poeta,
en una tumba y una cruz)

surge en las noches un efebo.
Entre las manos, discordada
lleva la lira de la Nada;
y suena en torno un ritmo nuevo
de melancólica ternura,
cuando en la fúnebre espesura
surge en las noches el efebo.

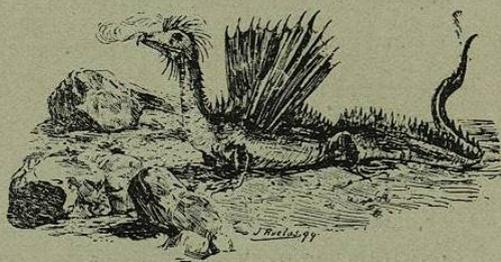
Abrió en su pecho enorme herida
que mana sangre, gota á gota
sobre la negra lira rota,
la infame espada fratricida;
y ante la sombra del efebo
pasa, sin armas, el longevo
que abrió en su pecho enorme herida.

La patria misma al inhumano
quitó la espada de la mano
cuando era prócer varonil;
le hizo un grillete con el hierro
que arrastra, vuelto del destierro,
como su crótalo el reptil.

Nunca á sus sienes el olvido
pudo ceñir su adormidera.
Á cada nueva primavera,
es, como fiera perseguido,
por el recuerdo, en su espelunca
La adormidera nunca, nunca,
puso en sus sienes el olvido.

Abril entreabre sus botones
en el fatal aniversario
y gime y treme el victimario
con las sangrientas maldiciones
que lleva el viento, cuando zumba
sobre la tierra de la tumba,
donde se abren los botones.

Allí sus lágrimas derrama,
allí se enciende con la llama
del heroísmo, la Nación;
y del martirio victoriosa,
desde la orilla de esa fosa,
Cain te manda su perdón.



A UN AMIGO

Para Germán Gedovius.

¿Y puedes tú creer que mi humildosa
soledad no es bastante para un hombre
que no pretende eternizar su nombre
en medio de la vida borrascosa?.....

Vivo feliz al lado de mi esposa
que es buena y complaciente, no te asombre;
sin enemigo que mi senda alfombré
de espinas ó maleza venenosa.

Murmurando en la exúbera pradera
mi sed apagan limpios arroyuelos;
me ve mi tienda levantar doquiera

el bosque rico en caza; y sin desvelos,
rueda á mis plantas la terrestre esfera
en el azul inmenso de los cielos.



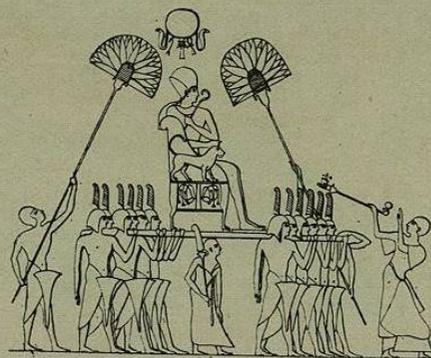
AL ESCULTOR JESUS F. CONTRERAS

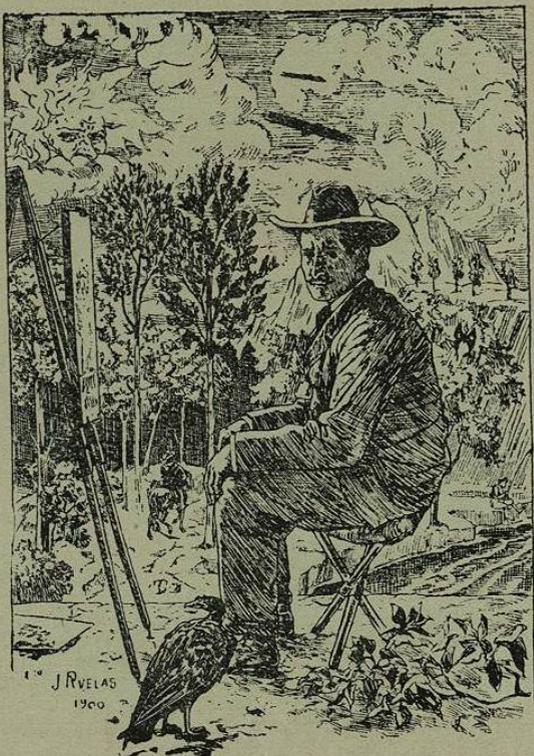
Fué tu vida una flor; al Arte apenas
llegó el incienso de su regio aroma;
y eras como un vástago de Roma,
bajo los blancos pórticos de Atenas.

Tumultuaba la sangre de tus venas
la inmensa aspiración; y cual paloma
que herida va por la escarpada loma,
caíste al fin sobre tus propias penas.

No desaparecerá jamás el duelo
de tu ausencia, en las almas; y mañana
un monumento en tu nativo suelo,

bajo la luz que en iris se desgrana,
mostrará, con su índice en el cielo,
tu inmensa aspiración, bella y humana.





EL REY NEGRO

A Julio Ruelas.

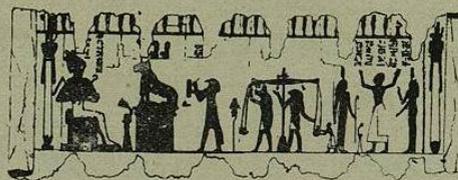
Heroico, al invasor mantiene á raya,
la fe en su raza y en su dios le alienta;
y en cráneos rotos su poder sustenta,
contra el Lebel, blandiendo la azagaya.

112

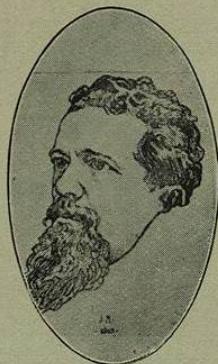
Mira tornarse el sino. No desmaya.
Yérguese en el fragor de la tormenta;
mas la derrota hiérele y afrenta,
y es prisionero en extranjera playa.

Sin amores, sin dios; si el mar su grito
alza en la tempestad, ó duerme en calma,
besando los cantiles de granito;

busca, siempre, la sombra de la palma,
y ve en su soledad, de hito en hito,
la noche de su cuerpo y de su alma!



113



ESCUCHA!....

A Joaquín D. Casasús.

Escucha!....

Suenan cantos,
notas y versos llenan la extensión;
alumbra el nuevo día
los oros y las sedas del salón.
¿Es de placer la orgía?....

¡Tedio!.... Monotonía!
Es de Byron la triste exclamación).

Escucha!....

Suenan tiros,
disparos de fusil y de cañón;
alumbra el nuevo día
al trémulo vencido, sin pendón.
¿Es de sangre la orgía?....

¡Tedio!.... Monotonía!

(Es de la multitud la exclamación).

Escucha!....

Martillea

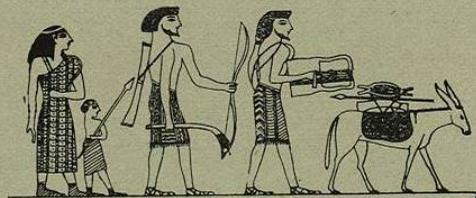
sobre el yunque el afán trabajador;
alumbra el nuevo día
lucha implacable, esfuerzos y sudor.
¿Es de hambre la orgía?....

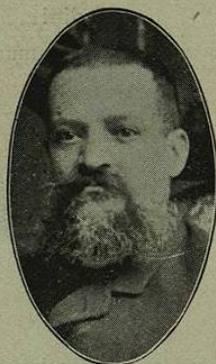
¡Tedio!.... Monotonía!

(De la vida es la dura exclamación!)

.....

Ante mis ojos desfilan he visto
toda la raza humana, desde Adán,
vino y amor, pidiendo, sangre ó pan....
Sólo entrevi una vez á Jesucristo,
pero tras de sus huellas nunca van!





EL GRAN GALEOTO

A Manuel González, hijo.

Con látigos de lengua nos azotan
y la difamación á fuego lento
nos quema el corazón y-el pensamiento,
y á nuestro paso las calumnias brotan.

Nubes de cieno se alzan y alborotan
y escupen hacia el cielo con violento
afán de sujetarnos al tormento
de morir en el aire donde flotan.

Como una tempestad todo la arrasa
la vil-maledicencia de las gentes
que sus infamias, miseras, celebran

con gracejo brutal; ¡oh! Pasa, pasa,
viparina calumnia, que tus dientes
en el cristal de la virtud se quiebran.



MAXIMILIANO

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Tú eras blanco y bello,
tu barba era un destello
de aquel de Carlos V esplendoroso sol.
El indio feo y triste; pero es la levadura
de mi patria (que sueño en la celeste altura
vertiendo entre los hombres la civilización).

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Tú eras vaso lleno
de amor, y eras bueno;
pero venías traído por impulso invasor.
Tengo amigos poetas que aman las tiranías

cubiertas de brocados; yo no: las gemonías
llenas, cual las palestras, de genio y de valor.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Tú eras alto ejemplo
de los tronos y el templo;
y, sin embargo, fuiste un gran usurpador.
Y Juárez, un salvaje, un cafre, un hotentote. . . .
¿decís? . . . Ah! de Cuauhtémoc sublime vengador.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Con el cetro en la mano
heriste al mexicano,
fuiste instrumento ciego en manos del traidor;
pudiste ser un púgil de amor y poesía,
y fuiste sombra efímera de la gran tiranía,
puñal de un homicida, falso Napoleón.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Del bosque en el sendero
la voz del guerrillero
no habló a tu ser de artista y hombre de pundonor;
y leño sin objeto que sobre el ponto flota,
piedad nunca tuviste de la misma Carlota,
que se fué a la locura por donde nace el sol.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Carducci te ha cantado,
y con su verso alado

te llenó de esplendores con alma inspiración;
pero tú serás siempre, en todo y para todo,
una perla, por gusto, sumergida en el lodo
del odio, la perfidia, el dolo y la traición.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Cuando con resonante
prora fuiste adelante,
tras de las áureas huellas de Cristobal Colón,
el Atlántico inmenso con fragor te decía:
hoy no llevo en mis hombros la histórica hidalguía,
eres un engañado del mundo y la ambición.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

No estimaste el incierto
vagar por el desierto
de Juárez, duro bronce de antigua fundición;
parece que querían, de tu raza, los hados,
purgar en ti, de Hapsburgo, pretéritos pecados,
como algo en Antonieta la gran Revolución.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

¿Que el águila del Norte,
rotos tu cetro y corte,
vendrá sobre nosotros en brutal agresión? . . .

Hay alma en nuestros cuerpos,
hay sangre en nuestras venas;
en nuestro propio escudo morimos, como Atenas;
desde el cuarenta y siete bien lo sabe el sajón.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

.....

Te miro en las Campanas,
al són de las dianas
que cantaron tu muerte, bajo el indiano sol;
y al mirarte hecho un mártir inútil, sin objeto,
siento en el alma-patria un malestar secreto,
lamento tu destino con honda compasión

Y amo la república, ¡oh blondo Emperador!



A ELLA.

Para Francisco M. Olaguibel.

¿Que no me amas ya? En tu mira da
miro vibrar aún la pasión roja
que te empujó á mis brazos como hoja
por el viento en los surcos arrojada.

¿Que no crees en mí, ni esperas nada?
¿que hasta el recuerdo de mi amor te enoja?
Ah! ¿por qué entonces tu mejilla moja
el cristal de esa lágrima callada?

Hay un rumor interno que en tu mismo
corazón se desgrana en cantos, risas,
besos, estrofas de ágil *ritornello*;

si como Satanás te hurgo al abismo
en rachas de huracán, ó si en las brisas
como un arcángel te levanto al cielo!